

nizar fuerzas. Son precisas tropas de refresco, y no debe perderse tiempo en su envío.»

Observaba también Mina, dirigiéndose al Gobierno, que los carlistas contaban ya con caballería, arma de la que hasta entonces se habían hallado bastante desprovistos, permitiéndose en su consecuencia hacer correrías en la Ribera, á las que antes no se habían atrevido.

Otra ventaja, en el órden de los elementos militares, habían adquirido también los carlistas: empezaban á tener artillería, de la que fueron base dos cañones cogidos á O'Doile en Arrieta, y la pieza de que se hicieron dueños en Orbayceta, adquisiciones mejoradas y aumentadas por los importantes trabajos de maestranza organizados por dos hombres que trajeron el caudal de su ciencia en auxilio de la causa de don Carlos. Era el uno el oficial de artillería Reina, que gozaba de aventajada consideración en su cuerpo, y un profesor de química llamado Belda, quienes recogiendo de los pueblos cuantos metales pudieron haber á la mano, como almiércoles, calentadores y demás efectos de bronce, lograron á duras penas fundir tres piezas de montaña, á las que se agregó un viejo cañon de hierro que se hallaba abandonado en una playa, el que afortunadamente trasportado á la Sierra de Urbaza, y ocultado en ella para mayor seguridad, púsosele por los soldados el festivo nombre del *Abuelo*, alusivo á su deteriorado aspecto.

El 13 de noviembre pasó Mina revista en las inmediaciones de Pamplona á las fuerzas disponibles de su ejército, y tuvo ocasión de observar el nada satisfactorio estado de equipo en que los soldados se hallaban, faltos de abrigo para el entrante invierno y bastante amortiguados de ánimo y de resolución. Precisado, sin embargo, á no permanecer en la inacción, dispuso Mina que Córdoba marchase en dirección de Estella en observación de los movimientos de Zumalacárregui, ordenando al mismo tiempo al brigadier Lopez hiciese otro tanto desde Lerin, con encargo á ambos de obrar en combinación cuando tratasen de operar.

El general Oraá fué enviado á los valles del Baztan y de Santisteban, donde logró hacer algunos prisioneros, y seguidamente marchó á proteger un convoy procedente de Salvatierra, pues ya hacía tiempo que el ejército de la Reina no tenía otro medio de proveer á su subsistencia que el de distraer parte de las fuerzas de operaciones para acompañar los trasportes de víveres de un punto á otro.

Retenido en Pamplona por los cuidados de su cargo, no menos que por el delicado estado de su salud, encomendó Mina al general Córdoba la dirección de las operaciones, prescribiendo á los demás jefes obrasen en combinación con él.

Destacado el general Lorenzo de Pamplona á Tafalla y Belascoain para dar custodia á un convoy, vióse atacado por Eraso, pero oportunamente auxiliado por la columna al mando del coronel Ocaña, logró conjurar el peligro en que estuvo de perder el convoy. Reunidas las fuerzas de ambos jefes, formalizose una empeñada lucha que la historia ha clasificado con el nombre de la de Onzué; hecho de armas sangrientísimo, en el que ambos contendientes pelearon con tanto encarnizamiento como valor, siendo el triunfo definitivamente de los liberales, pues hubieron los carlistas de retirarse dejando doscientos muertos sobre el campo de batalla. Sabedor del lance empeñado á no larga distancia de Pamplona, salió Mina con una simple escolta á reunirse á Lorenzo, á quien no tardó en encontrar vencedor y ufano de conducir intacto el convoy.

El sol que lució el día 11 de diciembre, en que tuvo lugar el encuentro de que acabamos de dar cuenta, iluminó con sus rayos otro hecho de armas de suma importancia.

Ocupaba Zumalacárregui el valle de la Berrueza con trece batallones y trescientos caballos, y en su busca se dirigieron la primera y segunda división del ejército al mando respectivo de Córdoba y Oraá, pero estando á cargo del primero la dirección de las operaciones. Aunque llegaron á avistarse bastante entrado ya el día con las fuerzas próximas á chocar, decididos, lo mismo Córdoba que Zumalacárregui, á no desaprovechar la ocasión de medir sus armas, trabaron la pelea á las cuatro de la tarde. Un avance de la izquierda del ejército de la Reina sobre el enemigo que ocupaba una loma, fué no solo repellido, sino que produjo desórden en las filas liberales.

Comprometido se hallaba el éxito de la jornada, á no haber el jefe de caballería don José Villalobos rehecho la fuerza de esta arma y contenido el ímpetu del enemigo. Intervino entonces en la acción el general Oraá, maniobrando de manera que hizo perder al enemigo posiciones importantes, al mismo tiempo que las fuerzas de que disponía Córdoba protegían los movimientos de la caballería y resguardaban los equipajes del ejército. Hallábase la lucha en este estado, cuando aquel general creyó deber disponer la retirada; pero sospechando Oraá que la órden fuese motivada por el equivocado concepto de ser enemigas las tropas de su propia brigada, participó á Córdoba que tenía empeñada la acción y era importante no dejar escapar el momento decisivo, pues el enemigo se retiraba en derrota. Contestó Córdoba á ese mensaje que reuniese Oraá sus fuerzas disponibles en apoyo del centro de su línea, al mismo tiempo que ordenaba que las compañías de cazadores del regimiento del Infante, marchasen al pie de la Peña Grande de Mendaza para envolver al enemigo. Moviése Oraá sobre el centro, participando á Córdoba que los disparos que se hacían desde la indicada Peña partían de su brigada contra el flanco y espalda del enemigo. Continuó Oraá su movimiento, consiguiendo desalojar á los carlistas del pueblo de Mendaza, persiguiéndolos hasta un bosque contiguo al camino de Acedo. Ya bien entrada la noche ocupó Oraá las eras de Mendaza, donde poco despues llegó el general Córdoba.

La disputada acción de aquel día costó considerables pérdidas á ambos ejércitos, siendo mas considerable la experimentada por los carlistas, pues calculóse que quedaron setecientos hombres fuera de combate. El parte dado al Gobierno de aquella acción por el general Córdoba motivó una sentida exposición de Oraá en queja de las apreciaciones contenidas en el parte oficial de la batalla publicado en la *Gaceta de Madrid*.

Lisonjeado Mina del resultado de las operaciones cuyo relato precede, dió á luz una proclama al ejército dándole gracias por su comportamiento, ofreciendo recompensas en nombre de la Reina, y estimulando á las tropas á continuar sin descanso la serie de triunfos que el veterano general se complacia en esperar.

Llevado de esta misma confianza, quiso también hablar á los navarros, á los que dirigió una alocución en la que decía: «¡Desgraciados! ¿qué esperáis de ese tirano extraño á vuestra provincia que está sacrificando á su capricho y ambición á vuestros padres y á vuestros hijos, á vuestros hermanos y vuestras pequeñas fortunas? Las valientes tropas de mi mando harán justicia á Zumalacárregui: no os asociéis á su suerte; abandonadle; acogeos á vuestro virey, á vuestro paisano, á vuestro hermano; yo os salvaré, os protegeré y os daré la paz. Empeño mi palabra y sabeis que esta no falta; testigos los campos de Solardo y Onzué: declaré guerra de exterminio á los obstinados, y exterminados han quedado en un solo día mil y quinientos. Si experimentais la misma suerte, vuestra será la culpa.»

Ya tenemos anteriormente observado que no respondiendo á los sentimientos liberales de Mina los que abrigan la gran mayoría de sus paisanos, léjos de prestarse estos al llamamiento del campeón de la guerra de la Independencia, solo tenían oídos para escuchar la voz de Zumalacárregui.

Llevado de su celo y de la inteligencia militar de que ya tenía probado hallarse dotado el general Córdoba, no se daba por satisfecho con el resultado de las acciones de Onzué y de Mendaza, y resolvió buscar nuevamente al enemigo, no menos deseoso que él de renovar el combate.

Estacionaba Zumalacárregui en el pueblo de Arquijas, ocupando el puente sobre el río Ega, y conocedor de la situación en que se hallaban sus contrarios por un parte de Córdoba que acababa de interceptar, y cuyo contenido, por su importancia, y para el mayor esclarecimiento de las operaciones reproducimos (1), esperaba tranquilo y confiado los movimientos del adversario. Ordenó Córdoba á Oraá que practicase un reconocimiento de las posiciones ocupadas por el enemigo, y verificado que fué, meditó el plan de la acción que iba á provocar, esperanzado de un decidido triunfo.

(1) Véase documento núm. II.

Tomando Zumalacárregui por base de sus operaciones el puente de Arquijas, distribuyó sus fuerzas de manera que pudiese atender ventajosamente á todos los puntos por donde podía ser atacado, y al mismo tiempo tomar la iniciativa de movimientos ofensivos que era su táctica favorita. Por su parte Córdoba juzgó que podía sacar partido de la disposición en que el enemigo había colocado sus fuerzas, figurándose que, en caso de ser batido, no quedaba á Zumalacárregui otra retirada que por los valles de Larra y Arana, en cuya dirección creyó ya poder completar la derrota del enemigo.

Los hechos subsiguientes que menoscabaron los resultados que Córdoba esperaba de sus disposiciones, dieron posteriormente lugar á quejas y á recíprocas recriminaciones entre este general y Oraá, controversia que, aunque sensible para la causa de la Reina, en nada empañaba la clara reputación de ambos jefes.

Entrada la mañana del siguiente día, supo Zumalacárregui que Córdoba al frente de una de sus divisiones se hallaba acampado á la falda del monte de Arquijas dirigiéndose otra división por el puente de Acedo hácia Valdelana, amenazando su flanco izquierdo por retaguardia. Una hora despues vió bajar la división que conducía Córdoba por la Ermita de Arquijas hácia el puente, donde encontró el general de la Reina la mas tenaz resistencia opuesta por los batallones navarros reforzados por los tercios guipuzcoanos y por la caballería carlista. Trabóse una mortífera lucha que duró varias horas, sin que Córdoba lograra apoderarse del puente.

Serian las tres de la tarde, cuando aproximándose á Gastiain oyó Oraá fuego en la dirección del puente, y al momento dispuso que seis compañías de cazadores, á las que acompañaba su jefe de estado mayor don Manuel de la Concha, tomasen las alturas de Valdelana, interin él con su división marchaba á caer sobre el flanco y retaguardia de los carlistas, á los que consideraba hallarse á las manos con Córdoba, creencia en la que fué confirmado por haberse encontrado al salir de Llano de Barrabia con un batallón enemigo en dispersión y que le pareció venia perseguido por fuerzas de Córdoba. Pero aquel batallón no venia huido como supuso Oraá, y puesto en formación y aprovechando los accidentes del terreno, hizo frente á este general, dando tiempo á que, prevenido Zumalacárregui de los movimientos de Oraá, enviase en auxilio del comprometido batallón á Iturralde y á Villareal con fuerzas superiores, refuerzo cuya oportunidad comprometía el éxito con que Oraá había contado, é inspiró á este entendido cuanto valiente jefe la resolución de ponerse al frente del regimiento de Soria, avanzando á paso de ataque á tomar las posiciones intermedias, y conseguido que lo hubo, ordenó al jefe Malvar que atacase el centro carlista. Sin disparar un tiro, dice en sus memorias el general Oraá, fué tomada á la bayoneta la posición principal; cuando desgraciadamente la equivocación de una órden expedida por dicho general, dió lugar á que el segundo de Granaderos de la Guardia abandonase la importante posición de la Peña de la Gallina, de la que, apoderados los carlistas, hicieron un fuego mortífero sobre la espalda y flanco de las fuerzas de Malvar.

Atendiendo á la necesidad del momento, y viendo avanzar tres batallones enemigos sobre la columna de Malvar, tuvo Oraá que cambiar el frente de su ala izquierda. Mas no mejoró en gran manera este movimiento el estado de la contienda, pues la noche había sobrevenido, encontrándose Oraá en un barranco cuyas alturas dominaba el enemigo. «Nuestras tropas—dice este general—tenían contra sí la doble desventaja de las posiciones y del número; situación que hacía mas complicada el ignorar la posición de las demás columnas. Campar en aquellos momentos no lo permitía lo crudo de la estación, ni el cuidado de los heridos. Retirarse tampoco podía hacerse á la vista de un contrario tan osado, y porque semejante retirada hubiera sido de funestas consecuencias para nuestras armas.»

No quedaba otra alternativa al bizarro jefe que la que se resolvió á tomar. Reconcentró sus fuerzas, y poniéndose al frente de ellas dió una carga á la bayoneta apoderándose de la posición central del enemigo, é interin formaban las compañías de cazadores en su cresta, el regimiento de Soria ocu-

paba la altura de la izquierda. Perdidas que fueron por los carlistas estas posiciones abandonaron las demás, logrando Oraá abrirse paso, saliendo del desfiladero sin ser inquietado, y recogiendo los heridos, entraba á las siete de la noche en Zúñiga, punto que acababa de ser cuartel general de Zumalacárregui.

Antes de que terminara la batalla ambos ejércitos se hallaron faltos de municiones, motivo que en gran parte ocasionó la retirada de Zumalacárregui en dirección á Orbizu.

Córdoba, que como hemos visto se ausentó con la fuerza de su inmediato mando del campo de batalla antes que terminase la acción, llegó al anochecer á Los Arcos.

Los partes oficiales dados por los respectivos generales en jefe al gobierno de la Reina y al de don Carlos atenúan en gran manera las pérdidas recíprocamente experimentadas. Pero dando crédito á los prolijos datos y esmerados informes del señor Pirlala, puede admitirse que la baja para ambos ejércitos fué de quinientas plazas.

La empeñada batalla de Arquijas y que confiadamente esperó Zumalacárregui hubiera sido una jornada decisiva para el triunfo de su causa, no llegó á realizar, como se ve, el atrevido ideal del caudillo navarro, el que de haber salido vencedor cual creyó que lo sería, se lisonjeara con la perspectiva de haber emprendido su marcha victoriosa sobre la capital del reino; extravió de su juicio, hijo de su exagerada apreciación de las rivalidades que existían entre los jefes del ejército de la Reina. Tampoco pudo prever que faltas imputadas á Iturralde en la ejecución de movimientos decisivos, juntamente con la pericia y arrojo del general Oraá, reparasen á la vez que la equivocación del general Córdoba retirándose del campo de batalla antes que la acción terminase, el doble menoscabo de los planes concebidos por los generales de ambos ejércitos.

Hemos llegado al final del año de 1834 y dado una idea que juzgamos bastante clara y comprensiva del carácter y extensión de la lucha empeñada entre los dos grandes partidos cuyo encarnizamiento debía durante seis años mas continuar ensangrentando el suelo patrio.

Hemos procurado ser sobrios de pormenores no esenciales al propósito de transcribir fielmente el completo y razonado cuadro de desenvolvimiento y resultados de la guerra. Cortado nuestro relato de los hechos de armas acaecidos en la segunda mitad del antedicho año, hemos debido dar su correspondiente lugar á los sucesos de órden político que con la caída de Zea Bermudez, la formación del gabinete Martínez de la Rosa y la promulgación del Estatuto Real llenaron los últimos meses de dicho año, durante los cuales estuvieron abiertas las Cortes del reino.

Todavía tendremos que ocuparnos de otros trabajos que completaron la primera legislatura de ambos Estamentos, dejando sentada en este primer libro la situación en que quedaron los beligerantes despues de las acciones de que acabamos de dar cuenta y que seguidas por diferentes movimientos de menor importancia en Guipúzcoa y en Vizcaya, terminaron con el mes de diciembre, en cuyos postrimeros días hubo una tácita suspensión de operaciones, la que aprovecharon don Carlos y Zumalacárregui en las Amezcuas para celebrar las fiestas de Navidad, inacción de la que participó el general Mina retirado en Pamplona, empeorado de salud, y atentamente ocupado en proveer á la seguridad de los convoyes, de los que dependía la alimentación y el aprovisionamiento de su ejército.

#### DOCUMENTO NUM. I

##### BANDO DE ZUMALACÁRREGUI

Don Carlos V, por la gracia de Dios, Rey de las Españas, y en su nombre don Tomás Zumalacárregui, teniente general de sus reales ejércitos, comandante general de Navarra y jefe del estado mayor general, etc. Despues de censurar acerbamente á Lorenzo, Quesada y Rodil, continúa: «En tal estado, dejando á un lado todos los miramientos y consideraciones que hasta aquí he tenido con los enemigos y usando de la ley de represalias, he decretado lo siguiente:

«Artículo primero. Todos los prisioneros que se hagan al



enemigo, sean de la clase y graduacion que fueren, serán pasados por las armas, como traidores á su legítimo soberano.

»Art. 2.º Se colocará desde luego en cada uno de los batallones el emblema y la inscripcion *Victoria ó Muerte*, como el único blanco á que aspira el ejército que está á mis órdenes, cuya insignia perseverará hasta que el enemigo reclame por convenio la concesion de cuartel.

»Art. 3.º Siendo muy repetidas las pruebas de adhesion á la justa causa que desde las filas enemigas presentan muchos de los que cuentan y viendo al mismo tiempo la imposibilidad de que algunos de estos abandonen inmediatamente las banderas de la rebelion por la mucha vigilancia de sus jefes, en virtud de las facultades con que me hallo autorizado por el gobierno, y con arreglo á sus benéficas intenciones, no solo acogeré como hasta ahora á todos los que se me presenten, sino que además los distinguiré segun sus méritos y servicios prestados.

»Art. 4.º No solo dejo en su fuerza y vigor mis circulares relativas al rigoroso bloqueo de las plazas y puntos fortificados por el enemigo, sino que encargo la mas exacta observancia.

»Art. 5.º Los alcaldes, regidores y demás miembros de justicia que circulen las órdenes del gobierno revolucionario serán pasados por las armas y lo mismo cuantos hablen y sostengan por escrito la rebelion.

»Art. 6.º Los conductores de los pliegos que contengan las indicadas órdenes, sean estas manuscritas ó impresas, siendo contrarias al Rey nuestro señor, serán en el acto pasados por las armas. Las justicias apenas recibirán dichas órdenes deberán quemarlas, y en caso de retenerlas sufrirán pena de muerte.

»Art. 7.º Se declaran traidores los alcaldes y demás individuos que dieran parte al enemigo del movimiento de las tropas leales, y como tales serán pasados por las armas.

»Art. 8.º Los alcaldes y cualesquiera otras personas denegarán al rebelde Lorenzo las noticias y listas de los voluntarios que les exige en el art. 7.º del citado bando y los contraventores serán pasados por las armas. Y á fin de que nadie pueda alegar ignorancia, ordeno y mando que este bando se publique y fije en las ciudades, villas y lugares de este reino, remitiéndose al efecto los ejemplares necesarios, cuyo recibo se acusará por la respectiva justicia, y á mayor abundamiento se introduzcan y diseminan en los puntos dominados por la tropa enemiga. Cuartel general de Lecumberri, 1.º de noviembre de 1834.—*Tomás de Zumalacárregui.*»

## LIBRO SEGUNDO

### LA REVOLUCION Y LA GUERRA GASTAN EL PRESTIGIO DE LA GOBERNADORA

#### CAPITULO PRIMERO

##### Decadencia del régimen del Estatuto

Dobles intrigas ministeriales y opositorias.—El 18 de enero de 1835.—Asalto y toma del principal.—Muerte dada al capitán general de Madrid.—Capitulacion y triunfo de los sublevados.—Consecuencias de la jornada de 18 de enero.

El año cuyo cuadro histórico acabamos de bosquejar, habia elaborado en su seno lo que pudiera llamarse el feto del año que iba á sucederle, apreciacion que no podrá ser calificada de ligera por los hombres reflexivos, que no podrán menos de reconocer en el índole de los sucesos de que vamos á dar cuenta las consecuencias lógicas del choque de encontrados elementos que produjeron la colision de pasiones y de intereses que vamos á ver irse sucesiva y rápidamente desenvolviendo. El general Zarco del Valle habia abandonado el ministerio de la Guerra, puesto para el que tan competente lo hacian su experiencia y su vasta erudicion militar. Retrocedió

### DOCUMENTO NUM. II

#### PARTE DE CÓRDOVA INTERCEPTADO POR ZUMALACÁRREGUI

«Número 11: Excmo. Sr: El brigadier Oraá que partió ayer segun y para lo que dije á V. E. regresó á pernóctar á Sordada, por haber llegado al oscurecer al puente de Arquijas, de donde descubrió los vivaques del enemigo en la barranca de Santa Cruz; la cual le ofrece en todos conceptos muchas ventajas para reorganizar sus cuerpos y reunir su gente. Le he mandado permanecer en Sordada. El convoy de heridos ha salido con Gurrea este mediodía para Viana y Logroño, de suerte que mañana prosigo mis operaciones, y espero atacar y batir de nuevo al enemigo. Escribo al general Manso para que Bedoya venga á la Ribera á cooperar á mis operaciones siendo completamente nula aquella fuerza en las Riojas; y tambien al comandante general de las provincias, para que juntos Latre y Jáuregui que no tienen ocupacion importante, se reúnan y maniobren por la parte de Salvatierra; pero no cuento con el éxito de estas invitaciones, y mientras nuestras fuerzas no trabajen simultáneamente, los resultados no serán, aunque sean felices, tan decisivos y completos como podrian ser para la conclusion de la guerra.

Me faltan jefes inteligentes y decididos en todas partes: este es el mayor obstáculo para la subdivision de fuerza. Los que hay son como son: los que necesito no tengo donde tomarlos. Ha empezado á nevar. El enemigo seguia hasta esta mañana en la barranca de Santa Cruz.

Los coroneles Aranguren y L'Espinace, y el teniente coronel de caballería Lamidor con otros oficiales facciosos quedaron en el campo de batalla: otros dos jefes fueron retirados muy mal heridos.

Espero que mañana ó pasado hemos de dar otro día de gloria para nuestras armas, pero no puedo dejar de hacer presente á V. E. que la estacion y las fatigas han agravado mis achaques habituales; necesito algunos días de descanso del que absolutamente carezco hace tres días. Sin él no tardaria en quedarme en cualquier fuerte.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Los Arcos 14 de diciembre de 1834, á las dos de la tarde.—Excmo. Sr.—Luis Fernandez de Córdoba.—Excmo. Sr. general en jefe del ejército de operaciones.»

aquel digno jefe ante la dificultad de hacer frente con suficientes medios á las perspectivas de disgustos y menoscabos que no podrian menos de seguirse de la insuficiencia de tropas veteranas para sofocar la guerra civil que ardia en una buena parte de las provincias del reino; al mismo tiempo que el claro juicio del general se alarmaba en presencia de la desunion ya latente en las filas del partido reformador.

En reemplazo de Zarco del Valle fué llamado el capitán general de Cataluña don Manuel Llauder, el que segun han podido observar los lectores, habia desplegado en aquel mando gran actividad y un celo en defensa de la causa de la Reina, que hacia en gran parte olvidar los servicios que al absolutismo tenia prestados. Pero aunque nombrado en los primeros días de noviembre del año anterior, no se presentó Llauder en Madrid hasta mediados de diciembre.

Muy pronto hizo ver el nuevo ministro que abrigaba altas aspiraciones. No se equivocaba en creer que la situacion del gabinete era débil, y que el estado de los negocios públicos, y sobre todo el que presentaba la guerra, requerian una

unidad de miras y un vigor que no conceptuó hallar en sus compañeros, toda vez que no tardaron en suscitarse celos y rivalidades entre ellos de que tambien se hicieron eco los periódicos considerados como órganos de la mayoría del gabinete. El género de supremacía á que Llauder aspiraba requería otros antecedentes y un concepto liberal mas pronunciado que el de que gozaba el nuevo ministro de la Guerra, el cual, si bien habia logrado inspirar confianza á los catalanes, no se la infundia á los antiguos constitucionales ni á las influencias imperantes en la opinion.

De este estado de cosas surgió una doble corriente de proyectos y de planes, alimentados por el propósito del ministro de la Guerra de supeditar á su accion la de sus compañeros y por parte de estos por el deseo de deshacerse de un competidor. No tardaron los liberales avanzados que minaban la existencia del gabinete en utilizar las disposiciones de su mayoría contra el ministro de la Guerra, sirviéndose al efecto de la excitacion de que este era objeto, para allegar elementos con los que brindaron á los rivales de Llauder, pero que en realidad se dirigian á dar al traste con la situacion.

No tardaron en ponerse de acuerdo los que á este fin caminaban, fraguando la conspiracion que debia coronar sus trabajos. Para su éxito podian contar con la cooperacion tácita ó material de los descontentos del régimen del Estatuto, que á todo trance aspiraban á sustituirlo con un estado de cosas mas francamente liberal. En el precedente libro queda consignado, que contrariamente á lo que el gobierno se habia propuesto, la creacion de la milicia urbana en vez de haber sido, á imitacion de la planteada en Francia por Luis Felipe, un elemento conservador, habia engrosado sus filas con lo mas ardiente de las agrupaciones liberales y constituia para el gabinete, no ya un apoyo, sino un embarazo que no tardó en degenerar en peligro.

Seguros los conspiradores de hallar calor y arrimo en personajes de importancia, que aunque no daban la cara al movimiento, se comprometian á cooperar á su éxito en cuanto hubiese adquirido forma y concertado medios de ejecucion, avanzaron á mas, considerando llegado el momento de lanzarse á la accion. El móvil que buscaban no tardó en presentarseles en la persona de un oficial subalterno, cuya carencia de posicion ostensible compensaba en demasía su resolucion y la energía de su carácter. Don Cayetano Cardero, ayudante del regimiento de Aragon, fué el *Deus ex machina* dispuesto á aplicar la mecha que debia producir la explosion.

Quedó acordado entre los conspiradores que el plan concertado se llevaria á efecto en la madrugada del próximo día festivo, para mejor ejecutarlo á hora en que las calles no estuviesen muy concurridas y pudieran verse mas libres de curiosos los encargados de la ejecucion. En su consecuencia quedó convenido, que la fuerza del regimiento de Aragon que se comprometió Cardero á sacar del cuartel, se presentaria á la hora señalada en la Puerta del Sol, ínterin una compañía de otro cuerpo que habia entrado en el plan se dirigiria á casa del capitán general Canterac, á quien se constituiria en arresto, guardándole sin embargo toda clase de consideraciones, no siendo otro el objeto de esta medida que el de impedir que comunicase órdenes á los demás cuerpos de la guarnicion. Un destacamento de urbanos engrosado por paisanos en armas debia unirse á dicha compañía. Otro grupo igualmente de paisanos y de urbanos debia marchar á las casas de los ministros para conducirlos arrestados al principal. La fuerza sacada por Cardero se apoderaria de este edificio, ocupando la Puerta del Sol, y acto continuo, las campanas de las iglesias debian ser echadas á vuelo, juntamente con el toque de generala que, alarmando á la poblacion, haria acudir á las autoridades, cuyas órdenes no pudiendo ser ejecutadas, asegurarían la inacion de las tropas que no habian sido ganadas en favor del movimiento. Cordones de paisanos estacionados desde la Puerta del Sol hasta los puntos estratégicos ocupados por los conjurados, les servirían de línea telegráfica. Contaban los últimos con la cooperacion de jefes y oficiales de la milicia urbana, los que debiendo acudir á los puntos designados favorecerían el pronunciamiento de las masas populares dispuestas á secundar la revolucion.

TOMO VI

Conseguido el arresto de las autoridades, un grueso grupo de paisanaje, se dirigiria á la plaza de Oriente, y allí se designaria la comision que debia presentarse en palacio á suplicar reverentemente á S. M. que se dignase sancionar las peticiones elevadas al trono por el Estamento de Procuradores, al mismo tiempo que pediría la exoneracion de los ministros que se sabia ser contrarios á que S. M. hubiese sancionado las antedichas peticiones, debiendo coronar la obra la presentacion de una candidatura para la formacion de un nuevo ministerio y la expedicion de un decreto que llamase á las armas á todos los españoles, para que merced á este supremo esfuerzo se consiguiese poner término á la guerra civil. Conseguido que todo esto hubiese sido, las tropas pronunciadas volverían á sus cuarteles, quedando en el principal hasta el día siguiente la mitad de la fuerza sacada por Cardero, al mismo tiempo que medio batallon de cada uno de los de la milicia permanecerían en los puntos que hubiesen ocupado durante el movimiento. El general Quiroga era el designado para la capitania general de Castilla la Nueva. Los ministros y Canterac deberían salir desterrados.

Tal era el plan de la insurreccion que debia estallar y estalló en efecto con las modificaciones que mas adelante veremos y en cuya sumaria exposicion, hemos hasta aquí seguido los prolijos datos de que abunda la frecuentemente citada *Historia de la guerra civil*.

Al lado de esta conspiracion liberal se tramaba otra inspirada por los compañeros de Llauder, secundada por la prensa amiga de estos, y favorecida, aunque no abiertamente, por la complacencia del general Quesada, comandante general de la Guardia Real y rival del ministro de la Guerra. Mas, como antes queda indicado, los fraguadores del movimiento en sentido mas pronunciado, apercibidos de los manejos ministeriales, fingieron unirse á ellos para mejor llevar á cabo sus propias miras, y aprovechándose de estar en el secreto de sus aliados aparentes y adversarios en realidad, resolvieron salirles al encuentro, como en efecto consiguieron realizarlo en una última reunion á la que asistió Cardero y á la que supo este comunicar el ardor y resolucion que á él mismo lo animaban.—«Convengamos, les dijo, en llevar á efecto nuestro plan el mismo día y á la misma hora que para el suyo han señalado los moderados; mostremos nuestro deseo de apoyar su proyecto; presentemos en lugar de los grupos auxiliares que les hemos ofrecido, grandes masas populares; que los urbanos que hasta ahora se han resistido á tomar parte activa arrastren á sus demás compañeros de la milicia y habremos conseguido el triunfo.»

Electrizados por esta apasionada alocucion, y siguiendo sus inspiraciones, aplazaron los congregados hasta el siguiente día el definitivo acuerdo. Tuvose en efecto la nueva junta, á la que no asistió un personaje de mucha cuenta temeroso de comprometerse demasiado; ni á la que tampoco asistió el general don Antonio Quiroga, aunque participó que se adhería á lo que la mayoría resolviese y que él ratificaba, asegurando que se contase con su cooperacion para todo. Bastó esta última seguridad para que no se alterase la designacion hecha de la persona de Quiroga para la capitania general, reservándose para el general Palarea el gobierno militar de Madrid, si bien se le exigía que se pusiese al frente de la milicia urbana.

Separáronse á seguida los conjurados á hora bastante avanzada de la noche, quedando citados para la madrugada del día siguiente.

En nada indicaba el aspecto exterior de la capital la proximidad de un movimiento. No era sin embargo un secreto que la autoridad no hubiese penetrado el de que para el día siguiente se tramaba algo. De ello dió conocimiento á Llauder en la tarde del 17 el superintendente general de policía marqués de Viluma, quien sin embargo daba escasa importancia al asunto, contentándose con indicar que bastaria avisar al Capitán general, para que estuviese á la mira, advertencia que surtió su efecto, toda vez que Canterac se avisó con el superintendente aquella misma tarde.

La Reina Gobernadora debia asistir por la noche á una funcion en el Conservatorio de música, acto al que la acompañaron los ministros, pero que solo presenció Llauder, hasta las